

INFANTIL



© Del texto: 2009, Virginia Read Escobal

© De las ilustraciones: 2012, Henry Cid

© De esta edición:

2012, Santillana

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-818-8

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

Primera reimpresión: mayo de 2013

Segunda reimpresión: marzo de 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El pacto de Guani

Virginia Read Escobal

Ilustraciones de Henry Cid

Premio Anual de Literatura Infantil
Aurora Tavárez Belliard 2012

*Para mis padres, Carmen y Mario,
y para todos los jóvenes que han despertado
Omá baharí**

* Con respeto.



Índice



Mayagüez, 2009

La tribu de los jayuibanás en Borinquen	11
Xaragua, 1504	45
Mayagüez, víspera del solsticio 2009	103



Mayagüez, 2009

La tribu de los jayuibanás en Borinquen

—¡Aquí no quedan indios!

El portazo retumbó por todo el apartamento, la discusión con su padre había sido acalorada. Eva daba gracias al cielo que su madre no estuviese allí en esos momentos, mientras resoplaba con la espalda apoyada en la puerta de su habitación; no era de las que dejaba pasar ese tipo de malacrianza. Jamás permitía que una mocosa como ella se quedara con la última palabra. Eva solo quería que la dejaran en paz, no quería escuchar más la dichosa historia de sus antepasados.

—Pobre Tito —suspiró Eva con remordimientos. Al segundo de gritarle a su padre se sentía fatal.

Todos llamaban Tito de manera cariñosa a su papá, Alberto. Él era diferente, dulce a diferencia de su madre, que siempre andaba como un sargento. Tito era un hombre increíblemente bueno, increíblemente ingenuo más bien. Ahora se arrepentía de su arrebato y sentía una enorme pena por haber discutido con su padre, y sin embargo no paraba de preguntarse cómo era posible que alguien se empeñara en la existencia, hoy en día, de una tribu de indios taínos en el Caribe... en pleno siglo veintiuno. Y peor aún, que fuesen los

miembros de su propia familia los empeñados en mantener esa creencia viva.

Bueno, si habían discutido era culpa de su padre, que estaba obsesionado con el tema de los ancestros.

Eva se lanzó de un salto desde la puerta de entrada de su habitación hasta aterrizar encima de la cama. Esperaba que su padre se hubiese retirado del otro lado de la puerta y se olvidara del tema.

Ella, sin embargo, continuó en sus trece. Si todo el mundo lo sabe, es una verdad como una catedral. Un hecho contrastado. Hace siglos que los indios desaparecieron por completo de las islas del Caribe, borrados del mapa en menos de cincuenta años. Por lo menos eso era lo que afirmaban todos los libros de historia que había leído, en todos los cursos.

Contrariada por la discusión y los eventos que se avecinaban, dio vueltas en su habitación como un animal enjaulado mientras mascullaba su lógica a la vez que intentaba poner orden en el reguero que reinaba a su alrededor, esto último sin ninguna gana. A Eva no le importaba la ropa tirada por todos lados, pero la sargento Melba era implacable. Odiaba recoger.

Lanzó los zapatos con puntería dentro del closet; ya los organizaría mejor, más tarde.

Menudo plan para un sábado, tan temprano en la mañana, siguió rezongando. Por culpa del dichoso evento familiar, tribal o como rayos quisieran llamarlo, había tenido que madrugar en uno de los pocos días que podía echar la mañana en la cama.

Por más que su padre insistía en la importancia de su herencia cultural, ella no quiere participar



en ninguna actividad que tenga que ver con esa tribu imaginaria. ¡Y menos un sábado!

Porque por lógica no encuentra ningún sentido en rescatar una cultura que lleva más de 400 años extinguida. Es mucho más atractivo y divertido todo lo que tiene que ver con el mundo actual, la tecnología, navegar por Internet o leer revistas de moda y de artistas, que devora cuando tiene tiempo libre.

El *hip hop*, los bailes rompedores como el *street dance* y el *tecnotronic* que practica con sus amigas de la academia, a escondidas de la directora, son mucho más divertidos que los repetitivos areítos que su padre intenta por todos los medios enseñarle. Prefiere mil veces pasar las tardes libres reenviando y recibiendo videos de Youtube, bajando canciones a su *iPod* con las demás chicas, para reproducirlos luego a la mínima oportunidad.

Soy una joven de este tiempo, razona, y lo comprueba cuando abre su closet o se examina ante al espejo y se ve más o menos como las demás muchachas de su clase. En su inspección no pierde detalle: camiseta, pantalón, tenis y sudadera de tendencias *skater* con un toque sofisticado. Realmente todavía no tiene nada decidido con el estilo, lo está buscando, por ahora le gusta probar llevando ropa entre el *street style* o un *grunge chic*. De momento no quiere encasillarse entre ningún tipo de tribu, ni urbana, ni india ni nada de eso. Evita lo étnico a toda costa. ¡Por favor! No soporta los abalorios, ni los estampados que reflejen nada tribal, ese estilo no le entra ni con calzador. Y desde luego, mucho menos se imagina subida a una ridícula canoa ni decorándose el pelo con vistosas plumas.

Sacude la cabeza con desesperación, no quiere pensar en el festival que se avecina ni en ninguno de los ritos que van a recrear. Todo se reduce a eso, una recreación. Cuatro locos reviviendo unos bailes ridículos que no le dicen nada.

¡Por Dios! ¿Y si llegan a verla algunas de sus amigas?

¡Quedaría borrada del grupo para siempre! Haría el ridículo más espantoso, jamás podría poner un pie en el colegio sin que se burlaran de ella.

Si no fuera tan patético le daría la risa.

Ni, nada, ninguna, no. Todo lo que pasa por su cabeza es la negación constante del fin de semana que se avecina.

—¡Cónchole!

Hace una montaña con la ropa que tenía esparcida por todos los rincones de la habitación y la entra en el armario y el tocador, de muy mala gana, la limpia y la que tenía a medio usada toda junta. No tiene tiempo de andar seleccionando.

Tempranito en la mañana, antes de salir a hacer compras de última hora en el supermercado, su madre en tono de ultimátum le exigió que recogiera el desastre habitual y pusiera orden en su escritorio.

Esa era otra, su madre, Melba. Con ella no cabía negociación alguna.

No entendía que si repetía conjunto, su nivel de popularidad bajaría de nota en la escuela y entre sus amigas. Normalmente se probaba media docena de camisetas antes de salir a la calle y luego le daba pereza guardarlas. Cuando no cabía una más en la silla lo echaba todo al canasto de la ropa sucia. Tan sencillo como eso. Pero su madre había descubierto el truco

hacía un tiempo y la obligaba entre pleitos a sacar y recalificar la montonera de ropa.

Lo único bueno de este fin de semana era que su madre iba a estar entretenida atendiendo a la familia de su padre, así que no había peligro de inspección profunda.

Puso a cargar el *iPod* mientras terminaba con los quehaceres que tenía pendientes. En los siguientes dos días iba a necesitar la sensación de aislamiento que los pequeños audífonos le daban.

La visita no tardaría en llegar, solo de pensarlo se le caía el mundo encima. Ayer viernes, al salir de clases, tuvo que cancelar sus citas en el mejor fin de semana del año, el de fin de curso. Se despidió con pena de sus planes y de sus amigas Paula y Ale de Junior High School, y todo para pasarlo con gente que apenas conocía, y que además no le interesaba en lo más mínimo. De hecho a los que sí conocía, “su familia tribal de los jayuibanás”, prefería tratarlos poco y de lejos.

Paula y Ale, sus mejores amigas; juntas formaban un trío inseparable. Tenían pensado aprovechar el sábado para mirar *piercings*. Las tres estaban planeando hacerse alguno a escondidas. No tenían decidido aún si hacerse otro en la oreja o aventurarse a perforarse el ombligo. Eva tenía dudas, pero se sentía algo presionada; Paula y Ale eran más lanzadas.

En fin, ¡adiós *mall*, adiós *piercings*! Iba a tener que hacer acopio de toda su paciencia para el fin de semana que le esperaba.

Interrumpiéndole su hilo de pensamientos, Edwin, su hermano pequeño, le tocó la puerta con sus

típicos golpecitos enervantes. Era un *friki* en potencia y al contrario que ella, estaba contento con la inminente visita, no hacía más que dar saltos por toda la casa poniendo a Eva cada vez más nerviosa. Estaba a punto de lanzarle un típico “¡Déjame en paz!”, cuando, sin esperar a que le concediera el permiso de abrir, su hermano asomó la cara por el cuarto para preguntarle si había visto uno de sus juegos de la *Play*.

Casi le ladra, pero se contuvo en un último y supremo momento; menos mal, acababa de escuchar a su madre abrir la puerta de la calle, ya de vuelta con las compras del supermercado. Al escuchar el típico sonido del llavín de su madre y sin esperar noticias del juego de la *Play*, Edwin echó a correr, seguro que para comprobar si habían traído los cereales preferidos de los primos. El rarito de su hermano verdaderamente se sentía a gusto entre todos los tíos y los primos.

En la familia de su padre los hombres eran mayoría. En esta rama, como ocurría extrañamente una y otra vez a lo largo del tiempo, Eva era la única mujer en dos generaciones exclusivamente masculinas. Así que además de Edwin y su padre, estaba rodeada de tíos y primos paternos.

En su corazón, sin embargo, latía otra preocupación. Más que el reencuentro con tantos hombres y las ceremonias en sí, temía reunirse de nuevo con la abuela. Esa mujer siempre estaba ávida de compañía femenina entre los de su propia sangre. Ella, como Eva, fue la única mujer entre muchos hermanos, primos y tíos.